

## LA SAGRADA ESCRITURA

A veces se escucha el comentario de que “el Cristianismo es una religión del libro”, como el Judaísmo o el Islam, esto es que las tres religiones comparten el hecho de basarse en un libro sagrado inspirado por Dios: el Antiguo Testamento de la Biblia para el Judaísmo, ambos Testamentos, Antiguo y Nuevo, para el Cristianismo y el Corán para el Islam.

Caracterizar de este modo al Cristianismo no es estrictamente correcto. La fe cristiana no se dirige a un libro: no se basa en la palabra escrita sino en la vida de la Palabra de Dios. El centro de nuestra fe es la persona del Verbo Eterno, del Hijo de Dios, que se hizo hombre por nosotros (CIC 108). En Él, Dios nos ha dicho todo, y nos ha dado todo. Jesucristo es nuestro libro de vida, Él es la Palabra de Dios dirigida a los hombres (CIC 102).

Sin embargo Dios reveló su Palabra gradualmente. Tuvo comprensión de nuestra debilidad. Se inclinó hacia nosotros como un padre hacia sus hijos. Adaptó su Palabra a nuestra capacidad de entendimiento. En el Antiguo Testamento habló a su pueblo a través de hombre elegidos de Dios; y mucho de lo que Dios había hecho por ellos y dicho a través de sus profetas, fue gradualmente consignado en varios libros, que componen hoy el Antiguo Testamento (CIC 122).

Finalmente, Dios habló a los hombres a través de su mismo Hijo. Es por eso que las palabras y obras de Jesús son tan importantes para nosotros. En ellas, la Palabra Eterna de Dios se expresa en palabras humanas. Lo que Jesucristo hizo y dijo ha sido transmitido de forma fiel y fidedigna por sus discípulos; pues ellos deseaban conducir a muchas personas a Jesucristo, su amado maestro, que les había reunido en torno a Sí y compartido con ellos su vida. Al principio es seguro que los discípulos transmitieron de forma oral lo que sabían de Jesús y lo que les había enseñado. Pero pronto comenzaron a recopilar también por escrito gran parte de su predicación. De esta forma, gradualmente, se escribieron los Evangelios (CIC 126).

Cuando consideramos esto, es bien evidente que lo que los apóstoles y discípulos transmiten acerca de Jesús en los Evangelios es históricamente fidedigno. La imagen del Señor, tal como ellos la habían conocido, aparecía demasiado enorme ante sus ojos, la impresión dejada por sus gestos y palabras, de hecho, por toda su figura, era demasiado poderosa, para que llegaran a pensar en adaptarla de algún modo al “espíritu de los tiempos”. Por eso en el Concilio Vaticano II la Iglesia afirma sin lugar a dudas la “historicidad” de los Evangelios. (Dei Verbum, 19).

Son embargo, la fiabilidad de la Sagrada Escritura, descansa no sólo en la credibilidad de los testigos, sino también en la obra del Espíritu Santo. Como enseña el Concilio: La Iglesia: “afianzada en la fe de la era apostólica, acepta como sagrados y canónicos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, de forma total y completa, con todas sus partes, basándose en que escritos por inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios como autor y como tales han sido entregados a la misma Iglesia” (CIC 105). La Sagrada Escritura es proclamada formalmente en la liturgia como la Palabra del Dios vivo (CIC 103). Es la Palabra de Dios expresada en palabras humanas (CIC 101).